

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 21 DE NOVIEMBRE DE 1901

NÚM. 574



Las cuatro son modernistas
en su modo de pensar;
pues llevan la hoja de parra
donde se debe llevar.



CHARLA

ODAVÍA no se me ha quitado el susto del cuerpo.

El caso no es para menos.

Se trata de una catástrofe espantosa ocurrida á media noche y cuando nadie se lo esperaba.

¡Ah!...

Pero vamos al grano, es decir, á la catástrofe.

Con todos los pelos de punta, leo en un periódico de Murcia que en Lorca ha habido un terrible hundimiento que ha con ternado á toda la población.

La histórica torre del Santuario de la Virgen de las Huertas se ha desplomado con horroroso estrépito, cayendo sobre la iglesia y convento, habitado por los frailes franciscanos.

¡Oh, Dios mío!... Se presiente la tremenda tortilla de reverendos...

Con temblor nervioso y castañeteando los dientes, sigo leyendo:

«Se ha destruído la Biblioteca, y, al chocar con la techumbre de la iglesia, cayeron las cubiertas, destrozando altares y capillas, en los que había preciosas

joyas y estandartes históricos, ganados á los moros por los tercios de Murcia y Lorca.»

¡Altares, joyas, capillas y pendones morunos!... ¡Todo, todo destruído en un instante por una torre que se *tiende*, sin duda para dormir sobre sus laureles!

¡Qué horrible es todo esto!... ¡Y cómo me palpita el corazón al querer adivinar el resto de la ocurrencial

Me figuro la noche con sus misterios, noche callada y sin luna, noche en que los frailes, después de *frugal cena*, dormían tranquilos y felices, sin sospechar lo que les aguardaba.

Aquí sí que viene de perilla el antiguo cantar que dice:

A las oraciones
cierran los conventos...
¡Pobrecitos frailes
que se quedan dentro!

Sí; dentro estaban los franciscanos cuando la torre comenzó á moverse pesadamente para dejarse caer, sepultando el convento entre sus ruinas...

Pero no... ¡Es imposible! ¡No puede ser!... ¡Mis ojos han leído mall... Pero sí; las letras están claras... Aquí lo dice el mismo periódico:

«Los frailes se han salvado todos.»

¿Habrá quién niegue ahora que éste es un hecho milagroso?

Todo destruído: capillas, santos, altares... todo, menos los frailes, que dormían á pierna suelta.

¿Se convencen ustedes de que no hay quién pueda con ellos?

Los duros mármoles de las capillas han caído pulverizados bajo un peso que los reverendos han resistido como si les hubieran arrojado un puñado de plumas.

Antes la mano del pueblo destruía torres é incendiaba conventos... y ¿qué?

Los frailes seguían reproduciéndose, demostrando que su semilla era inagotable.

Ahora el pueblo duerme ó está amodorrado y anémico.

Y cuando los frailes están más descuidados, la mano de la... casualidad, llamémoslo así, les lanza encima una torre, que los franciscanos reciben como si fuera una suave manta de Palencia!

¡Torrecitas á ellos!...

No se molesten ustedes en pensar en cómo habrá podido ser eso.

La realidad es más aplastante que la misma torre del Santuario de las Huertas.

Y, á torre que se cae, torre que se levanta.

Esto quiere decir que ya habrá una suscripción dispuesta para construir otro convento, otra torre y otra iglesia con regios altares, joyas y pendones modernos que les den ciento y raya á los antiguos. Y los frailecitos tendrán una casa más fuerte y con más comodidades que la vieja.

Total: que la comunidad ha ganado.

No así una pobre señora que vivía enfrente de la torre en cuestión, y que ha muerto de sobrepardo, á consecuencia del susto.

Otra enfermedad de la que también están libres los frailes... hasta la fecha.

JOAQUÍN ARQUES.



Me figuro lo que pensarán mis lectores al ver este *ambo*... Nada: que se impone el *terno*.



SALIENDO DEL TALLER

UN ERROR

MANUEL sospechaba de su esposa. Pilar, antes zalamera, empalagosa, mujer nunca satisfecha de acariciar á su marido, ahora se mostraba indiferente, fría, recibiendo con gesto de disgusto las pruebas de cariño otorgadas por Manuel. Los tres primeros años del matrimonio transcurrieron pronto, por ser felices. Los dos se querían mucho, mucho, repitiéndoselo á cada instante con el dicho y aseverándolo con la acción.

Cada mirada era una caricia; cada sonrisa, promesa de ventura; y la gentil pareja se extasiaba en mutua contemplación, que concluía besándose en los labios y apretándose mucho, como si en vez de los cuerpos fueran las almas las que se unían delirantes... Pero todo aquello pasó. Allá, en un rinconcillo de la olvidada memoria, quedaba un recuerdo vago, igual que el de un sueño en noche de calentura.

La Naturaleza no otorgó el fruto á tales amores, y quizá por esto pensaba Manolo que su mujer no le hacía tanto caso como antes.

Mil veces, siguiendo el ejemplo general que la sociedad ofrece, el marido quiso corregir el abandono de Pilar, buscando como remedio el adulterio; pero bien pronto abandonaba semejante idea.

* * *

La causa era evidente.

Pilar, la mujer virtuosa, la que empalagó con sus caricias al marido, la que al mirar sonriente parecía mostrar en sus pupilas el claro fondo de su alma, tenía un amante.

¡Triste, pero palpable realidad!

Por uno de esos fenómenos psicológicos de la voluntad humana, la esposa querida, respetada, abandonó el cariño de Manuel, substituyéndolo por el fingido amor del primer advenedizo; ¡y aun siquiera éste reuniese condiciones físicas que en parte pudieran servir de atenuación al delito cometido...!

¿Cómo supo él su deshonra?

Pues como siempre se saben tales desgracias.. Por un amigo cariñoso que no podía tener oculto aquel secreto, y se vió en la *necesidad* de decírselo al esposo para que abandonase á la hembra que así poníale en ridículo ante la sociedad risueña...

* * *

El pobre acechaba, oculto en el establecimiento por delante de cuyas vidrieras iba á pasar su mujer. *Ella*, la Pilar de su alma, el ensueño de su juventud, la felicidad de tres años, la desventura actual y la deshonra de hoy.

¡Ella!... Y ¿por qué? ¿No conocía las traiciones de los hombres? ¿No estaba advertida por él mismo contra todas las asechanzas que la hermosura y la honradez inspiran? Sí. Pilar supo dónde estaba el peligro, y si en él caía, era por el placer de caer, siendo responsable de sus actos.

Esto le decía á Manolo su cabeza; pero el corazón, que no razona, le argüía mil objeciones.

—¿No puede,—le decía,—haberse equivocado tu amigo?... ¡Hay tantas hembras parecidas!... ¿Tú crees culpable á tu mujer?...



MLLE. KAYDEN KARP (COUPLISTISTA)

La Saeta

Y ante tal pregunta, el enamorado dudaba, sin atreverse á contestar.

Si no fuera ella, ¡qué gusto! ¡Con cuánto placer la iba á estrechar, como antes, entre sus brazos, besándola mucho, muy fuerte, en aquellos labios rojos del color de las llagas!... ¡Entonces la querría más que antes; con la satisfacción de quien, después de suponer perdido un objeto recordatorio de ventura, lo vuelve á encontrar intacto!

Así pensaba el desgraciado, cuando sus ojos descubrieron la presencia de una mujer, alta como la suya, de amplias caderas, ceñidas por vestido negro, como el que llevaba casi siempre su Pilar.



Por esta linda chiquilla
andan locos más de cuatro.
Por eso, porque ella vale
y además es del teatro.

¡Adiós, sueños de felicidad! ¡Adiós, esperanzas de inocencia!... Sus quimeras daban paso á la realidad con su prosa maldita. Pagó y salió del café, siguiendo á distancia aquel vestido negro, aquellas caderas, en cuyo movimiento no había reparado jamás y ahora contemplaba con el rostro pálido, ojos inyectos y paso vacilante, que llamaba la atención del público curioso, y equivocado al suponer borracho á Manolo...

* * *

—Pero ¿está usted seguro?

—Sí, señor juez. ¡En esta casa ha entrado mi mujer con un joven que la esperaba en la esquina de la calle.

—¡Ah! Pues entonces.. ¡Abrid en nombre de la ley! — exclama aquél con voz grave y campanuda.

Silencio solemne sucedió á la orden. Después se pudo percibir claramente el ruido de unos pasitos menudos y secos, así como los que producen pies desnudos al andar sobre tarima.

—¡¡Abrid ó se descerraja la puerta!!

Y ante la inminente oferta, el pestillo se descorrió, apareciendo despeinada y en camisa, luciendo sus encantos, una mujer alta, morena, de caderas amplias y piececillos blancos, una mujer á quien Manolo no conocía.

La hermosa dió un grito de terror, y, desplomándose como masa inerte, cayó de rodillas, juntó las manos cuajadas de brillantes, y con voz apagada por la emoción exclamó, dirigiéndose al señor juez:

—¡Perdón! ¡¡Esposo mió!!...

E. PELÁEZ MASPONS.

MESA REVUELTA

No llores, mi vida,
que me asusta el pensar que tus lágrimas
no sean sentidas.

—
Son tan grandes mis deseos
cual de la fiebre el beber;
bebo y bebo tu cariño
y nunco apago mi sed.

—
Debiera olvidarla
por ser mi desgracia.
Por aquella oración á mi madre
no puedo olvidarla.

—
Dejadla que lllore
vertiendo sus penas,
porque el alma, cuando más destila,
más pronto se seca.

MANUEL ESTRADA.



RÁPIDA

CUANDO una mujer espera en la ventana la llegada de su amante, es porque le quiere y porque le desea.

Esto es lo que en este momento le ocurre á Matilde, hermosa y descocada joven que, á pesar de no tener oficio, vive de su trabajo.

Apoyada indolentemente en el alféizar de la ventana, espera sonriente á que se presente en la calle el objeto de su amor.

No tiene Matilde celos de nadie, porque Jacinto, que así se llama su novio... ó lo que sea, es joven, muy joven, casi un niño, sin experiencia de mundo ni pelo de barba.

Como guapo, es guapo; sus facciones tienen la corrección perfecta de un modelo para ángeles de retablo, y sus carnes turgentes y sonrosadas no han llegado aún á sufrir el cambio duro y harto anguloso que suele observarse en los hombres *de verdad*.

A Matilde le gustan así, cansada, sin duda, del uso y abuso de amantes *hechos y derechos*.

Y como de gustos no hay nada escrito, acatemos el de la bella cortesana.

Decíamos que Matilde espera en la ventana, pensando quizás en pasadas horas felices y en venideros ratos felices también; pues así se desprende al reflejarse su alma en su semblante encantador.

Nada debe tardar el joven Jacinto; el reloj de una torre vecina da las cuatro, hora en que sale el chico de la oficina.

A Matilde comienza á darle saltitos el corazón, pero no se impacienta.

Y verdaderamente no tendría motivo para ello, porque su amante jamás le había faltado.

En este momento se oye el timbre de la puerta.

Matilde abandona la ventana y corre á abrir.

—¡Laura!—exclama Matilde, abrazando cariñosamente á la recién llegada.

—¿No me esperabas?

—A ti no. Aguardaba á Jacinto.

—Pues á eso vengo: á decirte de su parte que hoy le es imposible acudir á la cita. ¿Te molesta mi embajada?

—¡Calla, tonta! Al contrario. Las dos pasaremos el rato como mejor podamos.

—Eso digo yo. ¡A falta de pan, buenas son tortas!...

J. TA.

UN BUEN HOMBRE

HAY algunos maridos que, por sus condiciones y caracteres, merecían que los condecoraran con la Cruz de San Fernando ó con la del Cristo de Portugal.



Esta señorita
busca un caballero

con bastante *guita*...
aunque sea viejo.

Conozco yo á un don Antonio Panzacaliente, persona simpática y con un lunar de pelo en la región frontal izquierda, que es un cúmulo de bondades.

Hay que verlo en su casa cuando se dirige á la señora (que es una especie de tollina en putrefacción) y le dice:

—Faustina, ven y toma el niño, que voy á... una cosa.

—Aguanta un poco,—contesta ella,—que yo estoy ocupada.

Y el hombre sufre pacientemente hasta que su mujer acaba de freir una *pintarroja* ó de hacer una tortilla de collejas.

Pues ¿y de noche?

—¡Antonio! ¡Antonio!... ¡Levántate, que Sergitín parece que quiere algo!—dice la señora.

Y el hombre se dirige en calzoncillos á ver lo que quiere su retoño, que le dice:

—¡Papá, me pica el cogote!

—¿Qué quiere el niño?—pregunta la madre.

—Que le pica el cogote,—contesta él.

—Mira,—le dice ella,—en la *lacena* de la cocina hay una fuente honda con dibujos verdes; echa un poco de vinagre y harina, dale una fricción con una servilleta y luego le metes los pies en un cenacho que hay detrás de la puerta de la cocina.

Efectivamente: Sergito, á los pocos momentos, recupera el sueño, y don Antonio, después de rascarse la rabadilla con un sable de su bisabuelo, vuelve á la cama, y dos

minutos después ronca como un lobo marino.

En la calle es una delicia. Me acuerdo de una tarde que iban á echar un rato de *caleta*, y, más que un hombre que va á divertirse, parecía un mozo de cordel.

Llevaba en brazos á Braulito, el más pequeño de los Panzacaliente, y, amarrados con una guita gorda sobre los hombros, una olla, dos sartenes y un canasto de mimbre sin agarradera.

Después lo vi sentado en aquellas arenas, con un pañuelo de yerbas sobre la cabeza, y mientras la señora se había ido á pasear con un primo suyo, oficial de Hacienda y tuerto del derecho, él sostenía en sus brazos á Braulín, que *berreaba* como un animal.

Cuando más engolfado estaba el niño, se presentó la señora, y, dirigiéndose al bueno de don Antonio, le dijo:

—¡Mal padre! ¿No te da lástima oírlo llorar de esa manera?

—Pero ¡si lo que quiere es teta!... ¿Se la voy yo á dar, mujer?—contestó Panzacaliente muy compungido.

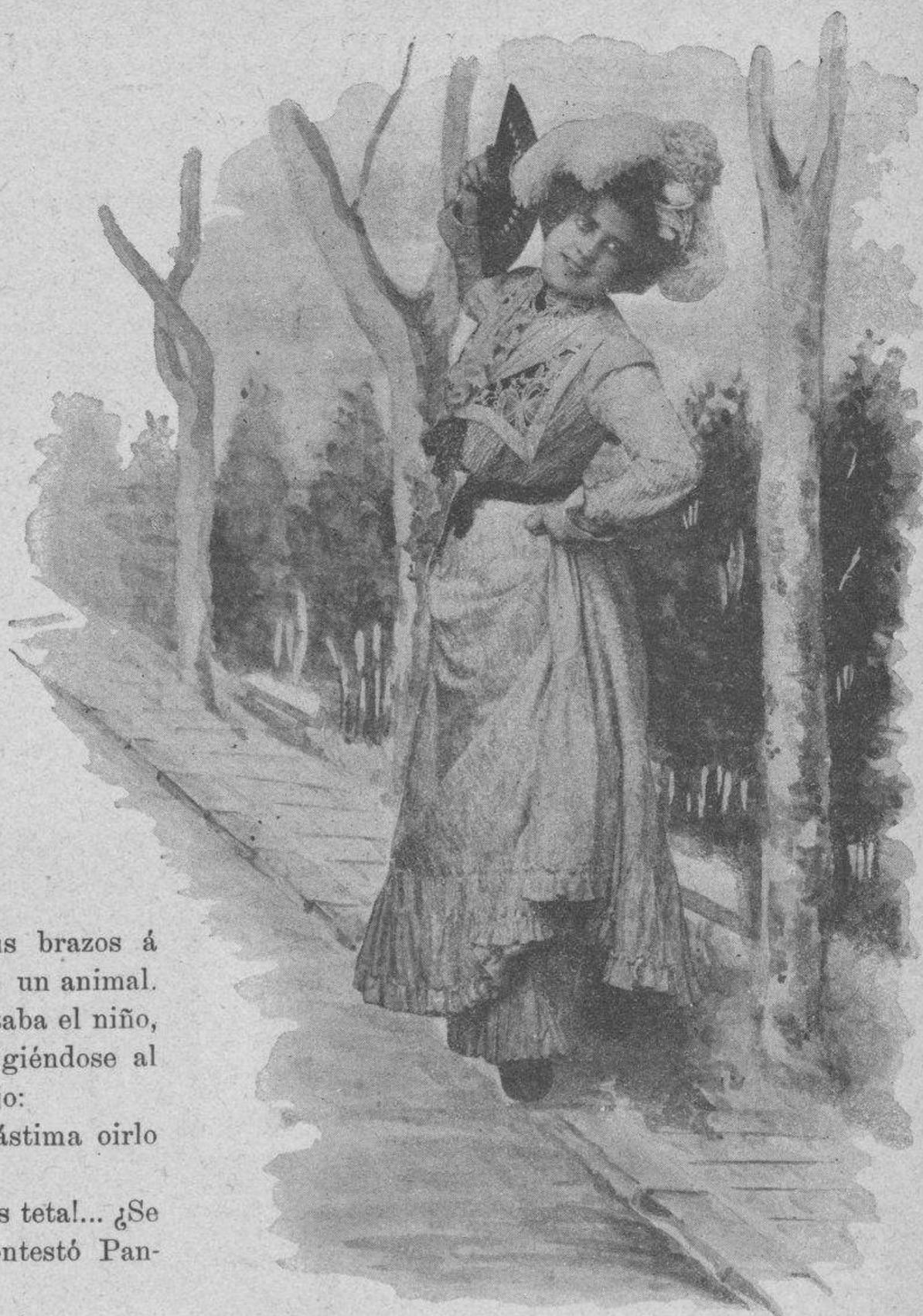
En lo íntimo del matrimonio, son especiales.

En el invierno le hace su costilla que se acueste primero, con objeto de que le caliente la cama; y si alguna noche se permite alguna broma de *buen género*, le dice ella con una sequedad capaz de enternecer al corazón más empedernido:

—¡Estate quieto y no te pongas pesado, que ya sabes que estamos á diez y ocho y para el día treinta falta un rato!

Y el hombre reprime los hervores de la sangre, y, volviéndose del otro lado, exclama con voz ahogada por el sentimiento:

—¡Pa c'habrá uno nacido!...



Hasta en paseo ensaya con ilusión. Se ve que es una artista de corazón.

JOSÉ BRAVO SALINAS.

TONTUNA

En un lugar de la Mancha cuyo nombre no recuerdo (he de nombrar aquel sitio porque está de aquí muy lejos), diz que ocurrió cierto caso que casi parece cuento. Un joven que allí habitaba, cansado de estar soltero,

quería tomar estado con una moza del pueblo, con la condición precisa —ó volvía de su acuerdo— de que la joven supiese escribir claro y correcto, sin faltas de ortografía ni de ningún otro género.

Y me asegura la historia, y cuesta mucho creerlo, que á los noventa y seis años... falleció, el pobre, soltero... Por eso dije al principio que me parecía cuento ..

MORENO.

UNA AVENTURA DE JUAN LANAS

A pesar de que el tiempo amenaza lluvia, Juan Lanás no se resuelve á prescindir de dar su acostumbrado paseo después de comer.

La única precaución que adopta es coger el hermoso paraguas con puño de marfil que su esposa le ha regalado el día de su santo.

Y no tiene que arrepentirse de la precaución, porque, aun no ha dado cuatro pasos, comienza á llover.

Apenas ha abierto su paraguas, Juan Lanás ve á una linda joven que se moja por carecer de tan útil artefacto.

«—¡Pobre muchacha!—piensa.—¡Qué imprudente es la juventud!... Estas chicas se compran sombreros llenos de flores ó de plumas, y no cuidan de adquirir nada que les resguarde de las inclemencias del tiempo, que pueden hacerlas contraer una enfermedad.»

Luego, animado de los mejores sentimientos, dice en alta voz:

—¿Señorita?...

Y recibe esta poética respuesta:

—¡Narices!

«—Esta joven,—piensa Juan Lanás,—además de imprudente, es mal educada; pero algo hay que dispensar á la edad... Además, en ocasiones engañan las apariencias...»

Y repite:

—¿Señorita?...

—¿Qué quiere usted? dice brusca- mente ella.

—Quiero... deseo, mejor dicho, ofrecer á usted el abrigo tutelar de mi paraguas.

—¡Yo no acepto nada de los hombres!

—En primer lugar, no se trata de aceptar nada, sino de permitir que cubra á usted con mi paraguas; y luego, yo no soy un hombre, sino un señor de edad respetable...

—¡Ya! ¡Demasiado sé que los hombres hacen esas proposiciones para empezar así y concluir... por otra cosa muy distinta!... ¡Quiéren ustedes ir muy lejos!...

—¡Qué idea!... Ha de saber usted que mis palabras y mis actos se inspiran siempre en los principios de la más sana moral...

—Eso lo dice usted .

—Porque es la verdad... En cuanto á ir muy

lejos, usted misma ha de decir á dónde se dirige...

—A donde á usted no le importá...

—Fijese usted bien, niña, en que si le he hecho tal pregunta, no ha sido por indiscreción, sino con la idea de poderla ser útil.

—Pues bien: voy á casa de mi... de mis padres.

—Eso está perfectamente hecho y celebro en el alma ver que las jóvenes sienten el santo amor á la familia, amor que, por desgracia, tiende á desaparecer de día en día... Acompañaré á usted hasta allí para evitar que se moje.

—¡Bueno!... ¡Si eso le divierte á usted!...

—No es que me divierta: es que, procediendo así, creo cumplir un deber... Pero permítame usted que entre en este estanco... Compraré



—¡Cinco bailes seguidos con Rafael!...

media docena de puros y tendré el gusto de ofrecer uno de ellos á su padre de usted...

—¡Cómo! ¿Imagina usted que va á subir á mi casa?... ¡Estaría gracioso!... ¡Subir á casa de mi... digo, de mis padres!...

—No se apure usted: yo sé cómo se ha de conducir uno en estos casos; pero permítame que la pida un favor.

—¡Pronto empieza usted á pedir favores! ..

—Se trata solamente de que sostenga usted el paraguas mientras compro los cigarros.

La joven, sonriendo por primera vez, pero con sonrisa algo extraña, responde:

—Bueno: venga.

—Molesto á usted porque el cierre va algo fuerte... Dispense la libertad...

—No hay de qué... Vaya usted por los cigarros.

Juan Lanas hace entrega del famoso paraguas á la joven y penetra en el estanco, donde elige concienzudamente media docena de cigarros de quince céntimos.

Hace que se los envuelvan cuidadosamente, paga el gasto, sale á la calle...

Y se queda hecho una pieza al encontrarse sin la joven y sin el paraguas.

En vano mira á un lado y á otro; en vano se frota los ojos creyendo que tiene la vista turbia...

No ve por ninguna parte á la joven... ni, lo que es peor, á su hermoso paraguas...

Al fin, convencido de que no volverá á reunirse con la una ni con el otro, el pobre hombre reanuda su marcha, calándose hasta los huesos y pensando:

«—Esa joven, no sólo es imprudente y desvergonzada, sino que tiene unas costumbres detestables... Después de todo, el paraguas es lo de menos; pero ¡bueno me va á poner mi esposa cuando sepa que he perdido su regalo!»

.....



—Y si yo estoy cansada, ¿qué será de él!...

Y, en efecto, cuentan las crónicas que aquella noche la consorte de Juan Lanas arañó á su marido, le mandó á la cama sin cenar... y luego le volvió la espalda quince noches seguidas.

Moraleja: El que tiene un paraguas nuevo con puño de marfil, no debe confiarlo al primero que pasa por la calle.

Y mucho menos si el primero no es primero, sino primera, y se deja cubrir, aunque sea haciendo dengues:

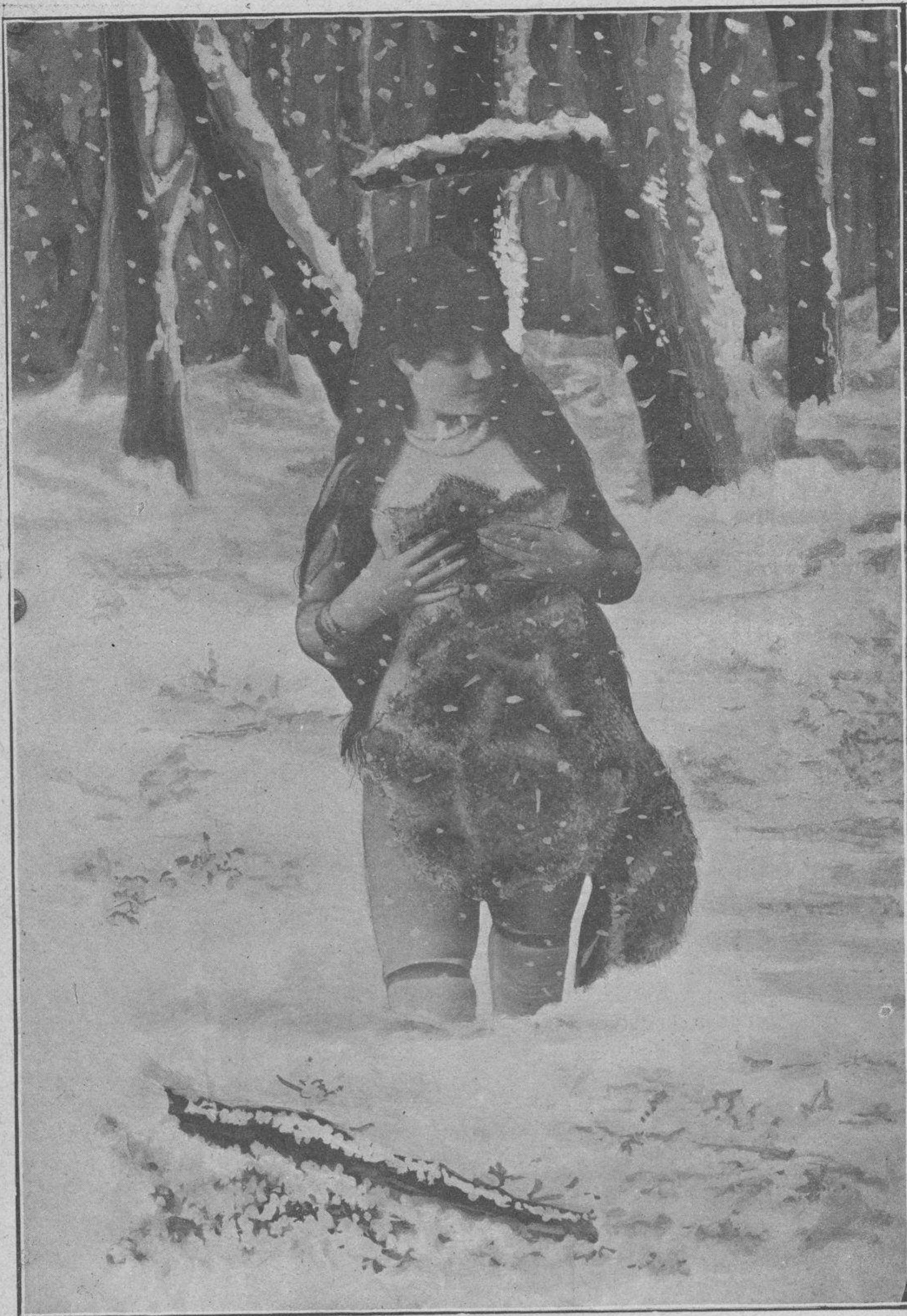
Esta es la peor clase de ganado y la más perjudicial para los poseedores de paraguas ó de cualquiera otra cosa que valga más de un perro chico.

DON SEBASTIÁN.

IDEAS SUELTAS

Yo comencé á vivir estudiando, y he concluído por estudiar para vivir.—*Bacon.*

El que rige y manda, si no se aconseja, se desmanda.—*Setanti.*



INVIerno

HACER EL PRIMO. Historieta, por Márquez



—¡No mires á nadie, picarilla, que ya sabes lo que me contraría!
—¡Tú estás loco!
—¡Nada, nada! ¡No me gusta hacer el primo!



—Como se lo digo á usted, tío: Lolita me ha robado el corazón.
—Pues por mi parte, haced lo que queráis. Tú eres buen chico...



—¡Primita mía!... ¡Me parece un sueño!
—¡Quién había de decir, Eusebio mío, que iba á ser tan feliz... y tan pronto!



—Ya ve usted, tío... ¡Y eso que siempre estaba diciendo que no le gustaba hacer el primo!

UNO MENOS

I

En un rincón pintoresco de la huerta valenciana, convirtiéndose en escombros hay una quinta arruinada que abandonaron los dueños por no poder habitarla. Pero como hay tantos seres víctimas de la desgracia, fué una familia de obreros á ocupar la añeja casa, porque era el invierno crudo y eran las cosechas malas, y el pan subía de precio mientras el jornal bajaba.

confundiendo silenciosas sus caricias y sus lágrimas.

III

Jaime el honrado, el que siempre con más afán trabajaba, fué, al comenzar el invierno, despedido de la fábrica, porque iban mal los negocios

Por eso la triste madre la vuelta de Jaime aguarda, mientras pide pan, llorando, la pobre niña de su alma.

Por eso yacen tendidas sobre un mal jergón de paja, confundiendo en las tinieblas sus caricias y sus lágrimas.

Por eso Jaime el honrado busca por calles y plazas el pan que le pide su hija; pero nadie de él se apiada porque, viéndole fornido, nadie fía en sus palabras, y contestan con desprecio:

«—¡Trabaja, hermano, trabaja!»



II

Por un miserable cuarto de esta quinta solitaria la luz de un cabo de vela sus débiles rayos lanza. Silenciosas y tendidas sobre un mal jergón de paja, yacen en revuelto grupo, mezclando besos y lágrimas, una débil niña enferma y una madre desolada. La pobre niña solloza pidiendo pan en voz baja; la madre llora en silencio poniendo en Dios su esperanza, y en tanto el honrado Jaime, cuya pronta vuelta aguardan, pide, afanoso, limosna por callejuelas y plazas, esperando algún mendrugo para la niña de su alma. La luz, consumido el cabo, ó tal vez avergonzada de alumbrar tanta miseria, titila, tiembla y se apaga, dejando á las dos á oscuras y estrechamente abrazadas,

Cuando una chinita molesta en el pie, ya saben ustedes qué tienen que hacer.

y el dueño le dijo: «—Aguarda; si vienen tiempos mejores, veremos si me haces falta.» Y aunque Jaime, esperanzado, corrió talleres y fábricas, en todas partes oía la contestación amarga de que no había trabajo; ¡que esperara, que esperara! Esperó. Su esposa y su hija, los dos pedazos de su alma, llegaron á tener hambre, sin que hubiera pan en casa. Y con las fauces abiertas el hambre las acosaba, clavando en aquellos seres sus uñas siempre afiladas.

IV

Ya las tenues nubecillas anunciadoras del alba se agrupan en el espacio formando graciosas franjas, y aun sigue pidiendo Jaime, con voz dolorida y baja, la limosna que le niegan los que fortunas malgastan. Y cuando Jaime, sombrío, va perdiendo la esperanza de llevarle pan á su hija que con ansiedad lo aguarda, comienza á hervirle la sangre, sus nervios vibran y saltan, y siente extraños impulsos de arrojarle á la garganta de aquellos trasnochadores que sin escucharle pasan, y exigirles por la fuerza lo que por piedad no alcanza. Pero vence sus impulsos y su coraje se calma, recordando aquellos seres que dejó llorando en casa, y alzando al cielo los ojos, en los que brilla una lágrima,



¿En qué estará pensando esta criatura?
Si no es en otra cosa... una diablura.

de nuevo pide limosna
tendiendo su mano helada.

V

Llegó la aurora radiante
y, al fin, llegó la mañana,
mas no llegó la limosna
con tanto afán esperada;
y cuando triste y sombrío
volvía Jaime á su casa;
cuando al pisar los umbrales
de la quinta solitaria

pudo escuchar los lamentos
de aquellas dos desgraciadas,
no encontrándose con fuerzas
para soportar sus lágrimas,
volvió atrás, lanzó un suspiro,
tendió al cielo sus miradas,
y empuñando una pistola,
que montó con mano airada,
Jaime pronunció dos nombres,
apoyó en su sien el arma,
sonó un tiro y rodó un cuerpo
por la tierra ensangrentada.

Desde el miserable cuarto
de la quinta solitaria,
percibióse claramente
la detonación del arma,
y, por calmar á la niña
que con temor la abrazaba,
murmuró la pobre madre,
sin presentir su desgracia:
«—Será algún hombre dichoso
que por los contornos caza.
¡Dios quiera que haya tenido
la puntería acertada!...»

A. SERRA CUBELLS.

ALMANAQUE DE LA SAETA

El éxito alcanzado por este lindísimo tomo no tiene lugar á duda, dados los importantes pedidos que continuamente recibimos de nuestros corresponsales.

Hoy repetimos lo mismo que en nuestro número anterior, ó sea que el

ALMANAQUE DE LA SAETA

está casi agotado, y no hay que descuidar los pedidos.

Correspondencia

- N. F.—*Barcelona*.—Se publicarán sus pasatiempos.
A. F. E.—*Málaga*.—No están mal sus versos; pero son tan crudos... Mande algo intencionado, pero no tan claro.
J. de H.—*Valencia*.—Pero ¡qué manía la de escribir cosas lloronas para LA SAETA! ¡Alégrese usted, hombre, y mande algo menos triste.
AGUA DE COLONIA de fino perfume y baratura incomparable, no hay otra que la de Orive. Mejor y 4 veces más barata que las extranjeras. Desde 3 rs. frasco. Litro 4 ptas.
B. C. B.—No me resulta su rápida.
B. L. M.—*Málaga*.—Es muy inocente su artículo.
G. C.—*Valencia*.—El «Regreso al hogar» es tan suma-

mente malo, que ha sido una lástima que *Neptuno* haya tenido compasión de usted. ¡A veces es preferible ahogarse!

E. A. V.—*Lérida*.—¡Gacho! ¡Qué malo es eso y qué largo!...

J. C.—*Córdoba*.—Se publicarán sus cantares.

UNA GRAN SUCIEDAD, un gran abandono indican los dientes negros y sarrosos por no usar el *Licor del Polo de Orive*. Por esto se halla en todo tocador. 6 reales frasco.

M. E.—Se publicará su composición titulada «Condiciones». De las otras no sé nada.

D. M.—¡Eso es demasiado, amiguito!

Prohibida la reproducción de los originales de este número

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17.—Barcelona

El Dr. Boada

Director de la Clínica de enfermedades secretas de la calle de

la Cadena, número 5, ofrece ésta y su domicilio particular á todo paciente.



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Charada

—¿Adónde vas, *Prima-cuatro*?
 —Voy á ver á la *Total*,
 que una *cuatro* tras la *dos*
 muy monina me ha de dar.
 Y tú ¿adónde te diriges,
 que emperifollada vas?
 —Voy á ver á Casimiro,
 que en la *dos tres-cuarta* está
 del cuartel de Atarazanas.
 —¡Sí que algo lejitos vas!
 —A mi paso, llego pronto.
 —Y *Tres-cuatro* ¿cómo está?
 ¿Ya volvió en sí del jaleo
 que le armaste en Miramar,
 porque le hablaba á tu novio
 con gran familiaridad?
 —Supongo que sí, pues de ella
 ya no me he vuelto á cuidar.
 —¡Claro! Ya tienes bastante
 con Casimiro.

—Verdad.
 Si quieres venir, es fácil
 que nos vayamos á dar
 una vuelta por el *prima*,
 que es un paseo sin igual.
 —No, hija, no. A mí no me gusta
 á novios acompañar,
 con mucho mayor motivo,
 cuando van adonde vais,
 porque, por ciertos paseos,
 ¡qué bella es la soledad!

PEPIS.

Jeroglífico comprimido

500 500 2 y 5 minutos

R. CEBALLOS RUIZ.

Tarjeta anagrama

LECTOR I LE AMAIS

Combinar estas letras para que resulte el nombre y apellido de un eminente orador difunto.

RICARDO DASÍ.

Supresión

E L V I R A Y V E N C E J O
 Q U E S E R A O C T U B R E
 R A C I O N R E N E G A D O
 D E S E N G A Ñ O S D U R A

Aquí tienen ustedes cincuenta y seis letras, en cuatro líneas de catorce cada una; hay que suprimir la mitad, ó sean siete de la 1.^a, siete de la 2.^a, siete de la 3.^a y siete de la 4.^a, y nos quedarán 28 que, leídas tal como están colocadas, expresarán un refrán.

Metátesis

1	2	3	4	Nombre de mujer.
4	1	2	3	Juego.
1	4	3	2	Tela.
2	3	4	1	Verbo.
2	1	4	3	Tiempo de verbo.

R. CEBALLOS RUIZ.

Soluciones á lo insertado en el núm. 573

CHARADA.—Soldados.

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS.—I, Desinclinadas; II, Leopardos.

TARJETA.—Rosario Pino.

SALTOS ENIGMÁTICOS.—Agosto y vendimia no es cada día, y sí cada año, unos con ganancias y otros con daño.

CUADRADO:

C O R A L
 O Z O N O
 R O C I N
 A N I T A
 L O N A S



Es profesora de ruso,
 y con los dos va á la escuela
 para que en pocas lecciones
 sepan manejar la lengua.

CARTELES DE TOROS DE LA CASA ORTEGA.—VALENCIA

PLAZA DE TOROS

VALENCIA 1899

CUATRO GRANDES CORRIDAS TOROS
 los días 23, 24, 25 y 26 de Julio 1899

Mazzantini, Fuentes, Hombria y Aguado

VENDE LAS ENTRADAS
 EN LA PLAZA DE TOROS
 DON CARLOS UTZSCHERDICH
 MAZZANTINI
 HOMBRIA Y AGUADO

DE 1.ª Y 2.ª TOROS
 DON EDUARDO MORA DON FRANCISCO BOLAÑA
FUENTES **MAZZANTINI**
 Fuentes y Boleña Fuentes y Boleña

DE 3.ª TOROS
 DON CARLOS UTZSCHERDICH
MAZZANTINI
 Fuentes y Boleña

Precios de las Entradas

ADVERTENCIAS

Núm. 307 del catálogo

LA SAETA



20 céntos.

Núm. 575

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, Heraldo Taurino y El Suceso Ilustrado.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

COCINA CÓMICA

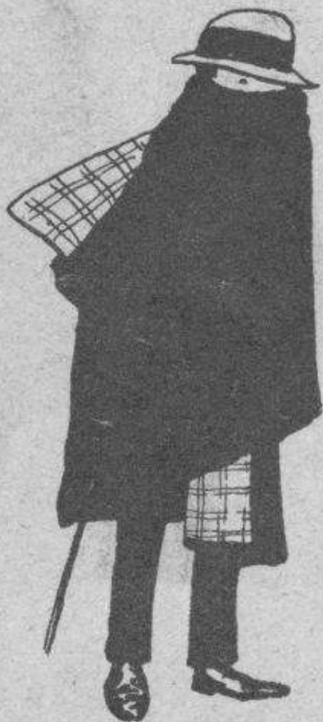
Tortuga rellena

Coges la tortuga con la mano diestra, le sacas la carne, dejas la corteza, y con huesos limpios de aceitunas negras sin más ingredientes la concha rellenas. Si este plato comes, prepara las muelas.

J. A.

Presentando Felipe IV unos versos medianos al inmortal Quevedo y exigiéndole que expusiera con franqueza su parecer acerca de ellos, le dijo éste:

—V. M. realiza cuanto quiere. Hoy se ha empeñado en hacer versos malos, y á fe que no habrá quién se atreva á hacerlos peores.



Capa contra el frío y contra los *ingleses*.



Pelerina contra el moquillo.

En el álbum de una actriz:

«La principal virtud de toda actriz debe consistir en llegar á tiempo á los ensayos.»

—¿Sabe usted que no encuentro sombrero para mí en ninguna sombrerería?

—¿Tan grande tiene usted la cabeza?

—No, señor; no es esto; mi cabeza es como las demás; pero yo quería un sombrero fiado.

En un tribunal:

El Presidente.—¿Por qué figuran en estos libros créditos y transacciones absolutamente falsos?

El Comerciante.—Como me dijeron que debía hacer un «inventario», no he tenido más remedio que «inventar» algo.

En el patíbulo.

El verdugo:

—Voy á debutar con usted, amiguito; es la primera vez que ejerzo mi oficio.

El reo:

—¡También es casualidad! A mí es la primera vez que me ahorcan.

Un hombre, que desconfiaba mucho de su memoria escribió un día en su cartera:

—Para que no se me olvide, recuerdo que tengo que casarme al pasar por Aranjuez.

Cuando emprendió el viaje que proyectaba, lo primero que se dejó olvidado en su casa fué la cartera.

(Sigue en la penúltima página)